

Un acertado monólogo

La mujer que hablaba sola

MELBA ESCOBAR

Seix Barral, Bogotá, 2019, 247 pp.

Después llegaste tú, justo a tiempo para ofrecer tus promesas de amor eterno. Como si fuéramos personajes de cine, nos inventamos el uno al otro. Cuánta frivolidad, cuánta urgencia de utopías hechas con los materiales que hubiese disponibles y a la mayor rapidez. Me temo que no llegamos a conocernos. Es algo que nos pasa a todos, pero en especial a los hombres. Me tomó muchos años descubrirlo. El amor les entra por los ojos. Luego, si esas cualidades se aprueban falsas, miran para otro lugar, se asustan o se proclaman engañados. (p. 13).

LA NOVELA comienza así: en un tono de confesión que atrapa al lector con el paso de las primeras páginas. Con una virtud importante: de entrada, el argumento es claro: Pedro, el hijo de Cecilia Palacios, no ha llegado a casa. Y ella, angustiada y perpleja, habla para sí. O mejor, para su difunto marido, Rayo.

El acierto más destacable de *La mujer que hablaba sola* viene siendo ese: la conmovedora potencia del soliloquio de una mujer que se cree autónoma, pero que se interpela —quizá sin saberlo— a medida que narra su rol de madre soltera, su matrimonio fallido, su clasismo, su inocencia. Y eso que más le duele, que está muy lejos de conocer las andanzas de su hijo:

Pregunta lo que quieras, había dicho Pedro, y yo me moría por preguntar si tenía sexo con Juana, así como alguna vez quise preguntarle si le gustaban los hombres. Y no lo haría porque tenía miedo de alejarlo en mi intento de acercarme, porque sabía que esas preguntas delataban mi ignorancia sobre quién era él, mi hijo. (p. 45)

Es una novela corta, lacónica, segura de sí misma y de los mensajes que busca transmitir. El más evidente: el papel de la mujer y la madre en el siglo XXI. Cecilia es de la alta sociedad bo-

gotana. Su matrimonio no corresponde a su perfil social: Rayo es un tipo de clase media, vive en una zona marginal del centro, es amante de los cómics, es viajero rural. Fallece pronto. No alcanza a conocer a su hijo. Y Cecilia, en ese borde que vaticina la tragedia, se aboca a su recuerdo para arrojar explicaciones que le hacen falta a ella:

Fracasamos como novios, entonces decidimos casarnos y, como también fracasamos, tuvimos un hijo, bueno, yo lo tuve. Esa lógica perversa. Si no logramos atar esta relación de ningún modo, será que le falta un amarre más contundente e irrompible, por decir, un matrimonio. (p. 144).

¿Y cuál es la tragedia? La posible responsabilidad de su hijo en el atentado perpetrado en el Centro Comercial Andino. Pedro es un adolescente tentado por las consignas más manidas de una izquierda ya pálida. Es joven, y en consecuencia entusiasta. Tiene la osadía y la superioridad moral de todo aquel que se cree dueño de una solución nacional: cuestiona la burbuja en la que vive su madre. Y al mismo tiempo la desafía; en todo caso, él hace parte de ella.

- La universidad privada siempre deja muchas taras. ¿No, madre?
- ¿Todos tus compañeros vivían en el norte?
- Casi todos, supongo. Pero tu papá no, tu papá vivía en el centro.
- Ya sé, en un sector que a ti te parece un antro.
- ¿Dije antro?
- Nunca fue la jungla, mamá.
- ¿Usé la palabra jungla? Llévame un día a Soacha.
- ¿Quieres que te lleve a la casa de mi novia como si fuera Disneylandia? (p. 41)

No es difícil suponer que detrás del entramado hay una pregunta decantada por olfato periodístico, oficio que Melba Escobar conoce: ¿qué puede pasar por la cabeza de una madre en una circunstancia como la descrita?

La mujer que hablaba sola responde con más preguntas. Es una astucia literaria: en lugar de llenar vacíos, el diálogo de Cecilia se arroja a otros: sus certezas, sus prejuicios, sus inseguridades, sus preocupaciones.

A ello hay que sumar el cruce entre realidad y ficción: en 2017 un atentado similar se cometió en el Centro Comercial Andino, y entre los presuntos implicados hay un alias “Mateo” (a Pedro le atribuyen el mismo sobrenombre).

Ese cruce de canales no es novedoso, se sabe. Pero genera cierto interés por saber qué hay de real y qué de ficción; ese conflicto le aporta tensión. A un crítico literario de academia esto le podría resultar material de estudio, digamos.

Y una última interpretación —al menos por parte de este lector— es la política: vivimos en un país que no supera las secuelas de la guerra, un país polarizado, con discursos progresistas que no se renuevan. En la obra, los lugares comunes proferidos por los personajes de talante político son adrede. Una crítica a lo anquilosado que se escucha su discurso.

A Cecilia parece no importarle mucho esto. Pero, a lo largo de su vida, ese otro país parece haberla perseguido: primero con su esposo, luego con su hijo. Aquí se anuncia la complejidad del personaje: la protagonista no es una persona a la que le obsesionen las problemáticas nacionales, pero de alguna manera se siente atraída por quienes representan su contraparte.

Hay una sombra bien insinuada en la historia: el contraste entre la calamidad pública y la privada. El dolor de Cecilia como madre, como amante, como ser que se reconoce independiente; y el de un país tan corrompido por sus dirigencias que la verdad se hace una entelequia: no es posible determinar quiénes son los autores intelectuales del atentado.

La novela de Melba Escobar es congruente con su pretensión: es un monólogo dubitativo, sí, pero no tiene ínfulas de destilar agudeza; el deses- pero de su personaje lo impide. Su lectura se hace amena por la agilidad para situar la desventura personal y la facilidad de su prosa: un discurso sin ripio, ni ornamentoso.

“No se nace mujer, se deviene”, decía Simone de Beauvoir. La novela de Escobar lo comprueba.

Jair Villano